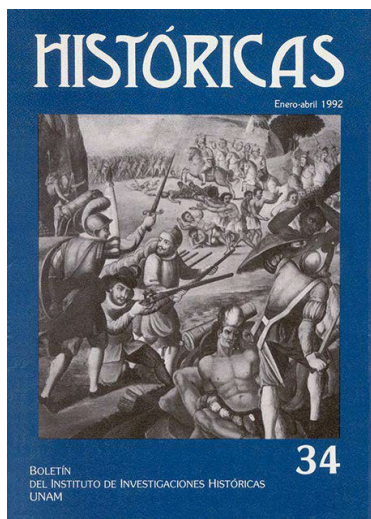




Artículo: La violencia ante la historia

Autor(es): Torre Villar, Ernesto de la

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 34

Año: 1992

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Torre Villar, Ernesto de la. "La violencia ante la historia" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 34 (1992): p. 25-28. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3784>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Artículos

La violencia ante la historia

*Ernesto de la Torre Villar**

Si entendemos la violencia como algo fuera de lo natural, como lo que rompe con exceso un modo o estado, lo que ocurre con fuerza impetuosa y en demasía, podemos señalar que la violencia se da tanto en las fuerzas naturales como entre los hombres. Por ello podemos hablar de una violenta tempestad, una inundación violenta, la violencia de los elementos. En estos casos debemos aceptar que se trata de un ímpetu en demasía, de una fuerza arrolladora provocada por la naturaleza.

Sin embargo, cuando nos referimos a la violencia humana, tenemos que aceptar que ésta es volitiva, surgida de un estado psíquico y que puede originarse por diversas causas.

No es mi campo el que me permita discernir sus causas y sus manifestaciones. Por ello me referiré a cómo ese fenómeno, que turba el ánimo y el espíritu, se registra en los anales históricos, y cuál puede ser su sentido.

Desde los libros más antiguos que tratan de la historia del hombre, hasta los de nuestros días que narran su conducta, las menciones de violencia humana abundan. La Biblia, el libro por antonomasia, el que nos describe el lejano pasado de viejas civilizaciones, se encuentra lleno de descripciones de actos violentos cometidos por individuos en particular y por colectividades. La narración de ellos es muy diversa. En ocasiones se trata de estados de ánimo de algún personaje importante, ocasionados por diferentes causas. En otras, de actitudes colectivas en las que el empleo de la fuerza y de la crueldad abunda. El mismo Jehová en ocasiones se nos presenta paternalmente lleno de bondad y de clemencia, en otras como creador vengador que utiliza la violencia para destruir a sus hijos rebeldes o para exterminar a los enemigos de su pueblo elegido.

En el Deuteronomio, en los libros de los Jueces y de los Reyes, en las Crónicas, encontramos de continuo menciones de violencia entre los hombres, los grupos y aún el mismo Dios Creador, quien decepcionado de sus seguidores los amenaza con toda suerte de violentos castigos: "Maldi-

* Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

to serás en todas tus acciones, desde el principio hasta el fin de ellas. Hará el Señor que se te pegue la peste hasta que acabe contigo. . . El Señor te castigará con la carestía, con la calentura y el frío, con el ardor y la sequedad, con la corrupción del aire. Volverase de bronce el cielo que te cubre y de hierro la tierra que pisas. Tus cadáveres servirán de pasto a todas las aves del cielo y bestias de la tierra. . .”

Y esa violencia casi siempre se manifiesta por desobedecimiento de los preceptos, por rebeldía contra la ley divina, por rivalidades de tipo religioso. Pero también, ya desde estos libros encontramos que otra razón de la violencia es la privación de la libertad, el despojo de la propiedad, la prohibición de expresar con libertad el pensamiento, de manifestar opiniones diferentes. Esto es, por una violación de los que hoy denominamos derechos humanos, los cuales eran conculcados por la fuerza, por medios violentos.

Haciendo un balance de los actos violentos que hallamos en esos textos podemos afirmar que ellos se originan por la violación de los derechos de los hombres, tanto individualmente como en grupo, y por la intolerancia respecto a las creencias y deseo de imponer un credo extraño por la fuerza.

La guerra, actividad que parece ser innata en los hombres y que se encuentra registrada en los anales de todas las naciones, no siempre da lugar a la violencia. El ansia de triunfo, de dominio sobre el enemigo conlleva en ocasiones exceso de fuerza, necesaria para vencer, pero no una violencia incontenible y destructora. El deseo de supervivencia incita a la violencia para poder salvarse, pero se registran combates en los que sólo la destreza y el vigor se imponen sin recurrir a la violencia. Sin embargo no siempre es así.

La *Iliada* en varias ocasiones menciona el término “bélico ardor” como furor insaciable y Ajax Telamonio afirmará tenía una sensación por la cual se le enardecían las audaces manos en torno de la lanza, y “mi fuerza aumenta y mis pies saltan para batirme”. Este impetuoso deseo común en un guerrero no es sin embargo manifestación de violencia, pero sí lo es el exceso de crueldad que se dirige contra los enemigos, como se manifiesta en este párrafo de la propia *Iliada* que narra el combate de Ajax. Veámoslo: “Como dos leones que, habiendo arrebatado una cabra de los agudos dientes de los perros, la llevan en la boca por los espesos matorrales en alto, levantada de la tierra; así los belicosos Ayaces alzando el cuerpo de Inbrijo, lo despojaron de las armas; y el hijo de Oileo, irritado por la muerte de Anfimaco, le separó la cabeza del tierno cuello y la hizo rodar entre la turba, cual si fuese un globo, hasta que cayó en el polvo a los pies de Héctor.” Aquí sí tenemos una escena violenta, llena de crueldad.

El mismo rapsoda, al describir los encuentros del divino Aquiles contra sus enemigos, nos deja narraciones que plasman la violencia que éste empleaba en la guerra. Así después de decirnos que Aquiles no era

hombre de condición benigna y mansa, sino muy violento, describe su pelea: "Al momento detuvo a Demuco Filetorida, a quien pinchó con la lanza en una rodilla, y luego quitole la vida con la gran espada. También mató a Iros Alastorida, que vino a abrazarle las rodillas. . . Ya aquel le tocaba las rodillas con intención de suplicarle, cuando le hundió su espada en el hígado, derramose éste, llenando de negra sangre el pecho, y las tinieblas cubrieron los ojos del *Leucio* que quedó exánime. Inmediatamente Aquiles se acercó a Mulio; y metiéndole la lanza en una oreja, la bronceína punta salió por la otra. Más tarde hirió en medio de la cabeza a Esqueclo, hijo de Agenor, con la espada provista de empuñadura: la hoja entera se calentó con la sangre, y la purpúrea muerte y el lado cruel velaron los ojos del guerrero. Posteriormente atravesó con la bronceína lanza el brazo de Deucalión, en el sitio donde se juntan los tendones del codo; y al teucro esperole, con la mano entorpecida y viendo que la muerte se le acercaba; Aquiles le cercenó de un tajo la cabeza, que con el casco arrojó a lo lejos, la médula salió de las vértebras y el guerrero quedó tendido en el suelo. . . ." Y para terminar ese relato inmerso en la crueldad, Homero escribe embelleciendo con su poesía esa hecatombe: "De la suerte que al estallar abrazador incendio en los hondos valles de árida montaña, arde la poblada selva, y el viento mueve las llamas que giran en todas direcciones; de la misma manera, Aquiles se revolvía furioso con la lanza, persiguiendo, cual una deidad, a los que estaban destinados a morir; y la negra tierra manaba sangre."

Aquí podemos advertir cómo la violencia, que adquiere en la narración un tono heroico, no deja de ser calificada como tal.

¿Podríamos preguntarnos, y eso lo hago a fuer de lego en las ciencias del alma, si la crueldad excesiva aunque no se manifieste como fuerza irruptiva, desbordante, sino en forma cautelosa y lenta, es también una demostración de violencia psíquica, sofrenada, pero igualmente destructiva y antinatural?

En ese sentido tendremos casos de extrema crueldad realizados por algunos personajes, los cuales son formas de violencia espiritual e intelectual. Así Calígula, según las descripciones de Suetonio debe ser considerado como un hombre de violenta crueldad. Dice el biógrafo: "La ferocidad de su naturaleza se manifestó en los rasgos siguientes: Como era muy gravoso el precio del ganado que se tenía que comprar para alimentar a los animales salvajes destinados a los juegos, hizo listas de condenados que sirviesen de pasto a las fieras. Al pasar revista en las diferentes prisiones, se colocó simplemente en medio del pórtico y, sin consultar ni uno de los antecedentes de los detenidos, dio orden de conducirlos a las fieras, del primero al último. Un hombre que había hecho el voto de combatir como gladiador, si el Emperador se restablecía, fue obligado por Calígula a cumplirlo. Se contempló combatiendo con la espada y no le dejó marchar hasta

que hubo vencido y después de muchas súplicas. Muchos ciudadanos honestos fueron marcados con el hierro por orden suya y condenados después a las minas, a construir carreteras o a ser tirados a las fieras, o eran obligados a permanecer a cuatro patas en una jaula como animales o a ser cortados por la mitad con una sierra."

Esta violencia carnicera realizada por un hombre anormal que poseía el poder, nos retrotrae a nuestros días, cuando miles de inocentes, considerados enemigos por su raza o por su posición política, fueron sacrificados en campos de exterminio y en archipiélagos Gulag. Es indudable que la insania mental que se ampara en razones políticas, da muestras abundantes de violencia.

Para dar ejemplos de violencia dentro de la historia americana y en concreto de la mexicana, hemos de citar dos últimos casos. Uno de ellos o mejor dicho dos, realizáronse en la época de la conquista. El primero lo representa la llamada matanza de Cholula, que fue el primer gran enfrentamiento entre el cuerpo expedicionario de Hernán Cortés y fuerzas aztecas y cholultecas. Cortés llevaba no más de trescientos soldados europeos, pero algunos miles de aliados tlaxcaltecas y de Zempoala. Al conocer la trampa que se le tendía en Cholula, uno de los grandes centros religiosos mesoamericanos, el mayor de esa época, para escarmentar a sus enemigos ordenó atacar indiscriminadamente a la ciudad, habiendo perecido en ella no sólo la clase religiosa, los dirigentes de la religión, la ciencia y la cultura toda, sino millares de niños, mujeres y ancianos. El odio que se albergaba en los indios aliados, tlaxcaltecas y de Veracruz contra los mexicas, se exacerbó en una cruel hecatombe en la que la violencia se enseñoreó de los combatientes.

Años más tarde, en época del virrey Mendoza, los indios chichimecas del Norte y Occidente se rebelaron, haciéndose fuertes en el Mixtón. La lucha entre los ejércitos españoles y sus aliados mexicas y tlaxcaltecas contra los rebeldes fue feroz. Los actos de violencia fueron espantosos, pues se cuenta cómo a los heridos se les liquidaba con pez hirviendo.

Y ya muy cerca de nosotros, en la época revolucionaria, uno de los militares más aguerridos en el Norte, el general Fierro, cuando trataba de salvar gruesa cantidad de oro que llevaba en su escapatoria, se complació en disparar sobre sus acompañantes, que fueron tragados por la laguna que cruzaban, en la que él mismo pereció. Este pasaje tan lleno de ferocidad lo ha consignado con su magnífica pluma nuestro llorado amigo Rafael Muñoz.

Mil y mil actos de violencia, unos heroicos desde un cierto punto de vista, otros repugnantes e injustificables, podemos desprender de los anales de la historia de toda la humanidad. Los estudiamos, analizamos dentro del tiempo y el espacio en que se dan, y siempre nos preguntamos si la violencia es una de tantas manifestaciones del ser humano. ¿Por qué y cuándo se manifiesta? Ésta es una interrogante que no podemos respon-

der. Cuando mucho el historiador la explica, trata de comprenderla, pues ella se da en todos los tiempos y en todos los lugares en los que el hombre habita o transcurre. A menudo es tan intensa y destructora que muy bien podemos equipararla a la violencia destructora que trae un tifón o un terremoto, los cuales sólo interesan al historiador en la medida en que afectan a los hombres y sus obras.

Algunas consideraciones sobre la lucha de clases en la Cuenca del Mediterráneo durante los siglos III al I a.C.

Ricardo Martínez Lacy*

1. En su artículo "Reflexiones sobre la historiografía griega de la esclavitud",¹ Pierre Vidal-Naquet analiza un famoso fragmento de Teopompo de Quíos (Jacoby 122 = Ath. vi. 265b-c)² sobre las dos formas de *douleía*³ entre los griegos: la que se practicaba entre tesalios y espartanos y la que surgió en Quíos. Según este historiador, mientras que los *doûloi* de Tesalia y Laconia eran los griegos que originalmente habitaban esas regiones, los quiotas introdujeron la práctica de comprar *doûloi*. Por su parte, Vidal-Naquet señala la distinta naturaleza social de cada grupo. En efecto, en Tesalia, Esparta y otras regiones, ellos eran lo que Pólux llamó (iii.63) "entre libres y esclavos",⁴ lo que podría definirse como una forma colectiva de esclavitud. En cambio, lo que los quiotas compraron eran esclavos-mercancía (*chattel slaves*), es decir, esclavos individuales de amos también individuales. El autor francés continúa argumentando que esta diferencia propició una actitud política distinta, porque los que estaban sometidos a una *douleía* "ilótica" —como nuestro autor llama a la primer forma de *douleía*— tenían una fuerte conciencia de pertenecer a una comunidad ilegítimamente suprimida, por lo que varias veces trataron de restaurarla mediante la rebelión. En contraste con ellos, los esclavos-mer-

* Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

¹ *Le chasseur noir. Formes de pensée et formes de société dans le monde grec*, Paris, 1981 (reimpreso y traducido al italiano y al alemán), p. 223-248.

² Sobre Teopompo: A.M. Flower, *Theopompus of Chios*, tesis, Universidad de Brown, Providence, 1986, y K. Meister, *Die griechische Geschichtsschreibung von den Anfängen bis zum Ende des Hellenismus*, Stuttgart, 1990, p. 90-94 y 222.

³ Dejo sin traducir el término usado por Teopompo para que se entienda su argumentación, pues es claro que lo que este historiador ve como dos tipos de un mismo fenómeno, se conciben ahora como instituciones sociales distintas. Sobre ello véase P. Briant, "Remarques sur les 'laoi' et les esclaves ruraux en Asie Mineure hellénistique", *Rois, tributs et paysans* (que se abreviará RTP), Paris, 1982, p. 93-135, en la p. 112.

⁴ Sobre estos status: D. Lotze, *Μεικτὴ ἑλευθερίων καὶ δούλων. Studien zur Rechtsstellung unfreier Landbevölkerungen in Griechenland bis zum 4. Jht. v. Chr.*, Berlin, 1959 (reimpreso con un apéndice en New York, 1979).